

samiento de Salomon! Veamos pues ya convertido en propio y característico lo que mas comun y vago nos parecia.

Las reflexiones con que se abre el exordio están tomadas de unas circunstancias tan inmediatas y al mismo tiempo singulares, tan sorprendentes y terribles á la vez, y están presentadas con un aire de enagenamiento tan extraño, tan triste y al mismo tiempo tan natural, que nada podia imaginarse mas á propósito para derramar la consternacion por el auditorio, la cual en las oraciones fúnebres es el modo con que se insinúa la atencion y la docilidad. ¿Qué contraste tan opresivo para el alma, el de un Pontífice venerable animado con toda la fuerza que comunica la religion, reservado á pesar de encontrarse mui adelantado en la carrera de la vida, para llorar, á nombre de toda la nacion y con la autoridad de la palabra evangélica, la muerte de una princesa rodeada de tanta gloria y cuando no se habia marchitado aun en su rostro ni una sola de las flores que anuncian la primavera de la vida! Acaba de enumerar estas circunstancias, y exclama: ¡oh vanidad, oh nada! Pondera con su auditorio lo inopinado del acontecimiento, apostrofa con grave ternura á su jóven heroína; y despues de manifestar á la Inglaterra viéndose reducida á llorar no solo la ausencia sino la muerte de Enriqueta, y á la Francia ofreciéndole al cabo de un viage tan ilustre por única recompensa el aparato fúnebre que decoraba su féretro, vuelve á exclamar profundamente: ¡vanidad de vanidades, y todo vanidad! Estas exclamaciones que se van presentando despues de ciertos pensamientos, cada uno de los cuales comprende la elevacion y la caida, se asemejan á los pausados y profundos lamentos del dolor, son la expresion mas viva del desconsuelo, y la imágen mas fiel de un religioso desengaño. Cuando hacemos la pintura de la gloria mundana, el entusiasmo se apodera de nosotros en tal extremo, que nos vemos tentados de divinizar al héroe; pero cuando adelantando un paso, la vemos precipitarse desde su inmensa altura y disiparse á nuestra vista como un débil meteoro, se apodera luego de nuestro corazon una triste languidez, que ya no nos permite decir otra palabra, sino la que descubre mas altamente el efecto que ha producido en nosotros la luz de la verdad. Entónces vienen las reflexiones mas serias, entónces sentimos que renace en el alma el imperio de la razon: no queremos ya dar crédito al falso brillo de la celebridad; y abandonados á nuestras propias ideas, nuestra imaginacion confunde la grandeza con la nada, y nuestros labios se abren de tiempo en tiempo para decir que *todo es vanidad.*

Pero ¿cuánto mas no brilla el talento del orador al corregirse de la generalidad con que ha pintado la vanidad del hombre! No todo es despreciable, no todo es vano, no todo perece. Hai un principio noble dentro de nosotros que proclama nuestros destinos inmortales, que recuerda la nobleza de nuestro origen, que descubre nuestra elevacion y sanciona nuestra grandeza. Si por una parte nos confundimos con el polvo; por otra podemos levantarnos hasta la esfera infinita en que reside la Divinidad. Esta finísima correccion, por donde se abre campo Bossuet á fijar el otro punto de su discurso, sorprende sobremanera en medio de su incomparable naturalidad, circunscribe mejor el texto, y da el último golpe de perfeccion á un exordio el mas adecuado para mostrar el verdadero talento oratorio, que tan noblemente se anuncia desde que presenta el rico y fecundo plan que ha sabido concebir. Tales son las cualidades que notamos con gusto en este exordio, el cual debe proponerse como un perfecto dechado á cuantos intentan formarse en la oratoria no solo con las buenas teorías sino tambien con los ejemplos mas escogidos.

## PRIMERA PARTE.

“Todos morimos, decia aquella mujer, cuya prudencia alaba la Escritura en el segundo libro de los reyes, y vamos sin cesar al sepulcro, así como las aguas que se pierden sin vuelta.”<sup>1</sup> He aquí un texto mui significativo que mag-

1 Hai muchas razones para compararnos á las aguas corrientes, como lo hace la Escritura Santa. Porque de la misma manera, que aun cuando aparece cualquier desigualdad en el curso de los rios que riegan la superficie de la tierra, todos tienen de comun que emanan de un mismo origen, que en el progreso de su curso bajan rodando sus olas por un descenso continuo, y que por último, pierden sus nombres con sus aguas en el seno inmenso del Océano, donde no se distinguen ni el Rhin ni el Danubio, ni otros rios de gran nombre, con los de las riberas mas desconocidas, así los hombres todos comienzan por las mismas enfermedades. En el progreso de su edad, su vida va dando vuelta y descendiendo sin cesar á la muerte por su pesantez natural, y en fin, despues de haber hecho como los rios, un poco de ruido los unos mas que los otros, van todos á confundirse en el

nificamente amplificado por el orador, sirve de introduccion á la primera parte de este discurso. Prosigue manifestando que si alguna cosa pudiera elevar á los hombres sobre su debilidad natural, nada habria en el universo mas distinguido que esta princesa. "Por cualquiera parte, dice, que yo siga las huellas de su glorioso origen, no descubro sino reyes; y por donde quiera me deslumbra el esplendor de las mas augustas coronas. Preséntase á mi vista la casa de Francia, la mas grande sin comparacion de todo el universo, y á la cual pueden ceder sin envidia las mas poderosas casas, puesto que todas intentan sacar su gloria de esta fuente. Veo á los reyes de Escocia, los reyes de Inglaterra que por espacio de tantos siglos han reinado sobre una de las naciones mas belicosas del mundo, mas todavia por su valor que por la autoridad de su cetro. Pero esta princesa nacida sobre el trono poseía un espíritu y un corazon mas alto que su nacimiento; pues lejos de que hubiesen podido agobiarla en su primera juventud los infortunios de su casa, descubrian todos en ella desde entónces una grandeza que no debia nada á la fortuna. Con harto júbilo deciamos todos que el cielo la habia arrancado, como por milagro, de las manos de los enemigos del rei su padre, para darla á la Francia: ¡don precioso, inestimable presente, con tal que su posesion hubiera sido mas duradera! ¡Mas porqué viene á interrumpirme este recuerdo! ¡Ah! no podemos detener un instante los ojos en la gloria de la princesa, sin que la muerte se mezcle allí inmediatamente para ofuscarlo todo con su sombra. ¡Oh muerte, aléjate de nuestro pensamiento, y déjanos engañar por un poco de tiempo la violencia de nuestro dolor con la memoria de nuestra alegría! Acordáos pues, señores, de la admiracion que la princesa de Inglaterra causaba en toda la corte; porque vuestra memoria sabrá pintárosla con todos sus caracteres y su incomparable dulzura mejor que pudieran hacerlo nunca todas mis palabras. Crecia entre las bendiciones de todos los pueblos, y los años no dejaban de traerle cada uno á su vez el tributo de nuevas gracias."

De aquí pasa el orador á exaltar la reputacion eminente que disfrutaba su heroina entre los personajes de su fa-

gelfo infinito de la nada, donde no se encuentran ni reyes, ni príncipes, ni capitanes, ni todos esos angustos nombres que nos separan á los unos de los otros, sino la corrupcion y los gusanos, la ceniza y la podredumbre que nos igualan. (*Oracion fúnebre de Enrique de Gornai.*)

milia. Anna de España, que nada encontraba de superior á su mérito, deseosa de aglomerar en su casa toda la grandeza del mundo, quiso que Felipe de Francia se casase con Enriqueta. En cuanto á las cualidades de su espíritu, basta decir que quien habia tenido la dicha de agradar á *madama*, se persuadia luego que habia tocado á la perfeccion; y el rei mismo, cuyo gusto estaba sobre los ápices de una suprema delicadeza, la tenia puesta en su estimacion sobre toda clase de elogios.

Sin embargo, nada pudo herir su modestia, jamas la deslustraron sus luces: igualmente á propósito para encontrar que para recibir los consejos de la prudencia, ninguna cosa estimaba tanto como estudiarse á sí misma en su propio carácter, á fin de conocer sus defectos, que tenia la grandeza bastante de ver sin temor cerca de sí. Ningun estudio tenia para ella los encantos que la historia, "la cual se llama no sin motivo, prudente consejera de los príncipes. Aquí es donde los reyes mas grandes no tienen rango ya sino por sus virtudes; y donde para siempre degradados por las manos de la muerte, vienen á sufrir sin corte y sin séquito el juicio de todos los pueblos y de todos los siglos. Descúbrese aquí cuán superficial es el lustre que proviene de la adulacion, y cuán insubistentes son los falsos colores, por mucha industria y esmero que se ponga en aplicarlos. Aquí estudiaba nuestra admirable princesa los deberes de aquellos de cuya vida se compone la historia: aquí perdía insensiblemente el gusto de las novelas y de sus héroes insípidos, y empeñada en formarse sobre lo verdadero, despreciaba esas frias y peligrosas ficciones. Así pues, bajo un semblante risueño y aquel aire de juventud que parecia no prometer sino juegos, ocultaba un sentido y una seriedad que sorprendía con mucho á cuantos la trataban."

Una cualidad estimabilísima entre los hombres y mui difícil de encarecer debidamente cuando adorna el espíritu de una jóven, la de guardar el secreto, es un rasgo mui capital, para que lo hubiera pasado en silencio el panegirista de Enriqueta de Inglaterra; y esta es una de las causas, en concepto suyo, que fijaron sobre ella la atencion de los reyes, para poner en sus manos los mas comprometidos negocios de la política. Sin embargo, ¡con qué delicadeza exalta Bossuet el viaje á la Inglaterra y se abstiene al mismo tiempo de descubrir el misterio que aquí se contenía! "No penséis, dice, que cual temerario intérprete de los secretos del Estado, quiera yo discurrir acerca del viaje que hizo á la

“Inglaterra, ni que imite á csos políticos especulativos, que arreglan segun sus ideas los consejos de los reyes, y componen sin instruccion los anales de su siglo. No hablaré pues de este viaje glorioso, sino para decir que *madama* en él fué mas admirada que nunca. No se hablaba sino con trasporte de la bondad de esta princesa, que á pesar de las divisiones que en las cortes son tan ordinarias, le ganó desde luego todos los espíritus. Era imposible elogiar bastante su increíble destreza en el manejo de los mas delicados negocios, en curar esas desconfianzas encubiertas que por lo regular los mantienen suspensos, y en terminar las diferencias todas de una manera que conciliaba los intereses mas opuestos. Mas ¿quién podría pensar sin verter lágrimas en las muestras de estimacion y ternura que la dió el rei su hermano! Este gran rei, mas capaz de ser movido por el mérito que por la sangre, no se cansaba nunca de admirar las excelentes cualidades de *madama*.”

Detengámonos un tanto, con el fin de repasar, á la luz de los principios, aquellas consideraciones que naturalmente excitan los diferentes trozos que acaban de leerse. Se ha visto ya que en las oraciones fúnebres debe predominar lo sublime. ¿Y puede levantarse hasta él quien tiene precision de discurrir sobre cosas pequeñas! No hai sublimidad en el estilo, cuando falta en los pensamientos, ya busquemos esta cualidad en el órden físico, ya en el órden moral; ni los pensamientos son sublimes cuando los objetos son comunes. El género demostrativo de la elocuencia sagrada desecha por lo mismo cuanto no es grande; y bajo este respecto debe calificarse de una piadosa temeridad el empeño de ciertos oradores que, nimiamente afectados de las personas privadas, quieren honrar su pira con la elocuencia fúnebre. Es pues indispensable que el objeto pertenezca en cierto modo á toda la sociedad, que ocupe á la vez el espíritu de todo un pueblo con la grandeza de sus acciones, y que su nombre, si es posible, vuelva constantemente con los ecos de toda la tierra. Se trata de situar á los piés de la religion toda la grandeza de los hombres ó para confundirla y anonadarla, si no tiene mas objeto que la gloria estéril que el mundo puede conceder, ó para que reciba del Supremo Ser á quien se dirige, aquella estabilidad sin fin que ha prometido conceder á la gota de agua que se ofrezca en su nombre.

Bossuet emprende hacer un elogio fúnebre; pero ¿cuál es el objeto á quien va consagrado? Una tierna rosa que desaparece bien pronto, pero despues de haber brillado sobre

todas las bellezas que deposita la pradera. Ocupaba, es cierto, *madama* el segundo rango; pero le ocupaba en la primera corte del universo, y despues de haber desechado mil brillantes diademas. No podian buscarse los vestigios de su origen, sin ver exclusivamente en ellos pasos de reyes; ni echarse una ojeada sobre la historia de su familia, sin que la vista se ofuscara con el *resplandor de las mas augustas coronas*. Tal vez no basta, para realzar la estimacion de la persona, el que esté cobijada completamente por los rayos de la luz que despide la *majestad*; pero Enriqueta de Inglaterra poseia un espíritu que regia con igual cetro la grandeza y el infortunio. Su entendimiento tenia tal imperio sobre los grandes talentos de su siglo, que siendo este el siglo de oro por excelencia en la edad moderna, los mas insignes literatos de la Francia veian el voto de *madama* como la señal infalible de la perfeccion de sus obras. ¿Qué se echa ménos aqui de cuanto exalta con la imaginacion el orgullo de los mas altos personajes? Pues nada bastó á deslumbrar sus miradas, nada pudo herir la modestia de su corazon; gustaba de conocerse á sí misma, y tenia la elevacion de alma suficiente para ver de cerca todas sus faltas; y para que tan excelentes prendas tuviesen toda la nobleza de que no son susceptibles las virtudes puramente humanas, vino la religion á comunicarles su carácter divino, á tiempo que Bossuet trazó una fiel historia de la sublime nada que resplandecia en toda la familia de la reina de Inglaterra. Esto era ya mucho, pero no todo lo que formaba la brillante aureola de Enriqueta: era preciso que en las relaciones políticas de las dos mas grandes monarquías desenvolviera un genio que habria despertado la envidia de los mejores diplomáticos; que conciliara los intereses mas exquisitos de ambas potencias, que marchase á la Inglaterra para volver de allí á sorprender á la Europa, reduciéndola á un *impotente silencio*, ó á una *desesperacion terrible*.

Inagotables á la verdad son los recursos que una vida tan célebre ministra á la elocuencia del panegirista; pero no es igualmente cierto que para usar ventajosamente de ellos es menester dominarlos por la preponderancia de las fuerzas intelectuales! “Escoged siempre un asunto proporcionado á vuestras fuerzas, sopesad ántes la carga que van á conducir vuestros hombros:” he aquí el sabio consejo que daba Horacio á los Pisones. ¿Y no es inmensa la mole que lleva sobre sí quien se encarga de exaltar la gloria para precipitarla despues con el poder de la elocuencia? Es necesario describirla con un pincel eminente para que la pintura

levante á una altura superior el ardiente entusiasmo que nos causa la realidad; y he aquí porqué nada se conoce tan difícil como la oracion fúnebre de un personaje cubierto de gloria. Pero yo no necesito salir de Bossuet para confirmar esta observacion con la autoridad mas insigne y mas respetable que puede concebirse. Oigamos á este inimitable panegirista pintando con toda la soberanía de su genio la dificultad que tiene la elocuencia para igualarse á la gloria del héroe. "Al momento en que abro mis labios para celebrar la gloria inmortal de Luis de Borbon, príncipe de Condé, me siento igualmente confundido por la grandeza del asunto, y si me es lícito confesarlo, por la inutilidad del trabajo. ¿Qué parte del mundo habitable no ha oido las victorias del príncipe de Condé, y las maravillas de su vida! Por donde quiera las refieren: el francés que las encomia con jactancia, no enseña nada al extranjero; y aunque ahora pueda yo contaros una parte de ellas, prevenido siempre por vuestros pensamientos, tendré aun que responder al secreto reproche que me haréis de haber quedado mui abajo de vosotros. Nosotros, débiles oradores, nada podemos hacer por la gloria de las almas extraordinarias; solamente sus acciones pueden alabarlos, y *cualquiera otro elogio desfullece cerca de los grandes nombres.*"

He aquí la causa de que Bossuet no haya tenido modelo, ni tampoco imitaciones aproximadas; sus oraciones fúnebres solo se parecen á sí mismas, y han quedado aún en una esfera mucho mas alta que nuestra admiracion. Veamos pues si el orador ha podido abarcar, exaltar y confundir al mismo tiempo toda la gloria de Enriqueta de Inglaterra.

En cinco páginas de su discurso refiere y pondera todas las bellas acciones que distinguieron á su heroína; y esta narracion tan sucinta es al mismo tiempo la mas completa que habria podido imaginarse. Su increíble rapidez nos hace sentir con la mayor fuerza la rapidez con que se disipa la magnificencia mundana: su pompa sencilla y elegante nos advierte que el historiador estaba mui habituado á las maneras de la corte y á despreciar la ostentacion de los palacios: el movimiento que reina en toda ella nos hace ver que escuchamos, no solo al historiador exacto, sino al orador eminente, á tiempo que refiere los acontecimientos mas dignos de memoria por el íntimo enlace que tienen con la sociedad en que vive; y finalmente, esa filosofía incomparable con que juzga soberanamente de todo, nos hace admirar mas que ninguna otra cosa el alma sublime de Bossuet.

1 Laudent eam in portis opera ejus, Prov. XXXI. 31.

Los historiadores componen un cuadro de pormenores prolijos aunque interesantes; pero el orador es un estatuario que funde grupos colosales para que hagan todo su efecto desde las mayores alturas; aquellos, ó no se afectan, ó si acaso, es mui ligeramente de lo que narran; este nos habla como si estuviera viendo las cosas, anima las escenas que describe, y arrastra sobre ellas la universal admiracion. Tal es el carácter de la narracion de Bossuet: él es el punto céntrico en que vienen á cruzarse todos los rayos de la gloria: pinta y observa al mismo tiempo; derrama por todas partes los sentimientos que le conmueven; exalta y diviniza el inestimable presente, pero al mismo tiempo deplora el que su duracion haya sido instantánea; se esfuerza por alejar de sí esa sombra lúgubre que todo viene á ofuscarlo, y no pudiendo conseguirlo, apostrofa luego á la muerte con melancólica ternura: Virgilio adorna la narracion de Bossuet, y el *propria hac si dona fuissent* vuelve á penetrar, despues de tantos siglos, en el corazon de los reyes. ¿Qué noble y delicadamente les señala el severo juicio de la posteridad cuando caracteriza la historia con el título de consejera de los príncipes! ¿Con cuánta dignidad y con qué filosófica osadía reprende la frivolidad misteriosa de los políticos que anhelan de continuo plegar la economía de los gobiernos á sus caprichosas teorías, y cuánto no resalta al mismo tiempo el tacto político de una mujer que supo arreglar por sí misma los intereses mas complicados de Inglaterra y de Francia! ¿Cómo hablar dignamente de un orador que ha sabido elevarse tanto sobre un asunto tan sublime! Pero lo que mas nos sorprende, es verle abandonado á los trasportes de la gloria, deplorar su pérdida, repetirlo con enagenamiento; y avergonzado despues, de haber tributado sin apercebirse un elogio á la grandeza nada conforme con el espíritu del cristianismo, vuelve sobre sí con cierto aire de sorpresa, para manifestar que todo lo mesurable es indigno de los nobles destinos del alma. "Oh llaga irremediable! Lo que en este viaje ha sido objeto de una admiracion tan justa, ha venido á ser para este príncipe la causa de un dolor que no reconoce límites. Princesa, digno vínculo de los dos mas grandes reyes del mundo, ¿porqué les habéis sido tan pronto arrebatada! Si estos dos grandes reyes se conocen, resultado es de los cuidados de *madama*. Así sus nobles inclinaciones conciliaron sus espíritus, y la virtud será entre ellos una mediadora inmortal. Pero si su union no pierde nada de su firmeza, deplorarémolos eternamente nosotros el que haya perdido el mas dulce de todos sus

“recreos, y que una princesa tan querida de todo el universo haya sido precipitada en el sepulcro, cuando la confianza de dos reyes tan grandes la elevaba hasta el colmo de la grandeza y de la gloria.”

“¡La grandeza y la gloria! ¿Podemos aun oír estos nombres en este triunfo de la muerte! No, señores, yo no puedo soportar estas grandes palabras con que la arrogancia del hombre trata de aturdirse á sí misma para no apercibirse de su nada. Tiempo es ya de hacer ver, que cuanto es moral, por mucho que se le agregue á lo exterior á fin de engrandecerlo en la apariencia, es en su fondo incapaz de elevacion. Escuchad á este propósito el profundo raciocinio, no de un filósofo que disputa en la escuela, ni de un religioso que medita en el claustro: quiero confundir al mundo por la boca de aquellos á quienes mas respeta, de aquellos que mejor le conocen; y no quiero darle para convencerle sino Doctores sentados en el trono. “*¡Oh Dios! dice el Rei Profeta, vos habéis hecho mis días mesurables, y mi sustancia no es nada en vuestra presencia.*”

No sabemos qué ponderar aquí, si la brillante perspectiva de felicidad, ofuscada tan pronto con la muerte de Enriqueta, ó el noble y generoso retraimiento del orador, cuando, despues de haber hablado con sumo interes de la grandeza y de la gloria que se preparaba en lo sucesivo para encantar la vida de *madama*, pronuncia de nuevo estas dos palabras, con un énfasis despreciativo que hace tan profunda la exclamacion. “No puede dudarse, dice Mr. Thomas, que Bossuet al componer este elogio fúnebre, se hallaba íntimamente afectado; con tanta elocuencia habla en él de la miseria y debilidad del hombre!”<sup>1</sup>

¿Qué dirémos de la preparacion que ha dado á las palabras del Rei Profeta! Es grave, enérgica y eminentemente delicada. Uno de los escollos en que siempre se estrellan los oradores medianos, es la grandeza y la gloria en el instante en que la elocuencia debe tronar contra ellas. Creen que el Evangelio los autoriza para deslizarse hasta el ultraje, y no pocas veces desnudan á la majestad de los altos personajes de aquellos miramientos que ha querido conservarles el que mandó á las naciones que dieran al César lo que es del César; es decir, del acatamiento respetuoso que se debe á los altos funcionarios. Nadie por ventura ha humillado tanto como Bossuet la fama, la celebridad y cuanto mas vivamente deslumbra las miradas del universo; pero nadie ha

<sup>1</sup> Essai sur les éloges.

llevado á mayor altura la delicadeza con que debe hablarse en las cortes y dar preceptos severos á los monarcas. Al cabo de una serie gradual de pensamientos con que destruye todos los prestigios del cetro y la corona, ennoblece estas mismas dignidades, invocando en su auxilio la autoridad suprema de los reyes. “Tanto así respaldase la elocente urbanidad de este admirable pontífice, cuando para convencer al mundo le presenta *Doctores sentados en el trono!*”

Este pasaje nos recuerda otro no ménos delicado que se encuentra en la oracion fúnebre de la reina de la Gran Bretaña. “El corazon de una gran reina, elevado en otro tiempo por una larga serie de prosperidades y luego sumergido en un abismo de amarguras, hablará mui alto; y si no es permitido á los particulares dar lecciones á los príncipes, acerca de acontecimientos tan extraños, un rei me presta sus palabras para decirles: *Et aunc, reges, intelligite; erudimini, qui judicatis terram;* escuchad, grandes de la tierra; instruíos, árbitros del mundo.”

Discurre el orador particularmente por algunas de las situaciones mas brillantes en que la fortuna ó el mérito suele colocar á los hombres. El vencedor que ve tendidos á sus piés á todos los vencidos, y que acaso se jacta de una gloria mui efectiva, caerá tambien á su turno en las manos de la muerte; y una voz terrible, la voz de aquellos que le precedieron en el sepulcro al golpe de su espada, le llamará terriblemente á que se confunda con su polvo.<sup>1</sup> Vano será el empeño de sustraerse de la nada, mediante las cualidades del espíritu, los grandes designios, los vastos pensamientos: “Morirán, dice el Rei Profeta, y en este dia perecerán todos sus pensamientos.” Una amplificacion mui breve de este concepto prepara el lugar en que Salomon dice haberse aplicado á la sabiduría, para desengañarse mui pronto de que ella era tambien una vanidad. A esto viene á suceder un cuadro mui perfecto, en que se admira la religion en toda su majestad, se recuerda con estrépito la muerte de *madama* y se pinta la consternacion de la corte, el sobresalto del pueblo y el abatimiento del rei, la reina y Monseñor. Pasaje es este de tanto movimiento y de tanta sabiduría, que no puede omitirse cuando se trata de examinar, aunque rápidamente, una obra tan insigne.

“Considerad, señores, esas grandes potencias que nosotros miramos desde tan bajo. Mientras que temblamos bajo sus manos, Dios las hiere para instruirnos. Su ele-

<sup>1</sup> Et tu vulneratus es, sicut et nos, nostri similis effectus es. Is. XIV, 10.

“vacion es la causa del golpe; y las perdona tan poco, que no teme sacrificarlas al resto de los hombres. Cristianos, si *madama* ha sido escogida para darnos una leccion como esta, no murmuréis: nada hai aquí de áspero para ella, pues como lo váis á ver, Dios la salva por el mismo golpe que nos instruye. Deberiamos estar mui convencidos de nuestra nada; pero si han menester golpes de sorpresa nuestros corazones encantados con el amor del mundo, este es bastante grande, bastante tremendo. ¡Oh noche desastrosa! <sup>1</sup> ¡Oh noche horrible, en que repentinamente resonó como el estallido del trueno esta espantosa nueva: ¡*madama* se muere, *madama* ha muerto! ¡Quién de nosotros no se sintió herido á este golpe, como si algun trágico accidente hubiera desolado á su familia! Al rumor primero de un mal tan extraño, acudian á San Cloud de todas partes: todo estaba consternado, ménos el corazon de esta princesa. Oíanse gritos por todas partes; veíase por donde quiera el dolor, y la desesperacion, y la imágen de la muerte. El rei, la reina, Monseñor, toda la corte, todo el pueblo, todo está abatido, todo está desesperado; y me parece que veo el cumplimiento de estas palabras del Profeta: *El rei llorará, el príncipe será desolado, caeránse las manos al pueblo de dolor y de espanto.*”

Si hemos de buscar en esta oracion fúnebre un pasaje que justifique plenamente el osado pensamiento donde Bossuet dice que jamas han sido las vanidades de la tierra, ni tan claramente descubiertas, ni tan altamente confundidas, será este sobre todos, en que se pinta en dos palabras la enfermedad y la muerte de Enriqueta. *¡Madama se muere!* he aquí presentado el peligro con suprema energia: *¡madama ha muerto!* he aquí la catástrofe. Pero la increíble rapidez con que se impelen y precipitan estas exclamaciones funestas, pinta de un modo tan sublime como nuevo lo sorprendente y repentino de esta muerte tan dolorosa para la Francia. ¡Quién podrá asignar los intervalos de tiempo que separaron la enfermedad, la agonía y el último suspiro! *¡Madama se muere!* *¡Madama ha muerto!* “A estas palabras, dice un escritor, Bossuet se vió obligado á detenerse; el auditorio prorumpió en sollozos, y la voz del orador fué interrumpida por sus suspiros y por sus lágrimas.”

<sup>1</sup> Cuando despues de cincuenta años volvemos á leer en Bossuet esas sombrías y lamentables expresiones, no hai nadie, por decirlo así, que no oiga resonar en su oido esa tormenta que cubrió de duelo esa noche desastrosa. (*El Cardenal de Bausset.*)

¡Y qué diremos de los últimos rasgos que se distinguen en el pasaje! Estos movimientos simultáneos, ese aturdimiento universal en que las condiciones parecen confundirse por alguna calamidad pública, son de un efecto maravilloso en la elocuencia; pero la sublimidad nos enagena cuando el orador, comprendiéndolo todo en un pasaje de la Escritura, parece dar á sus pensamientos un carácter profético, para hacernos sentir mas vivamente la mano de Dios en las grandes pesadumbres de los reyes. *Rex iugebit, et princeps inductur maiore, et manus populi terre conturbabuntur.*

Desembarazado el orador de este primer movimiento, describe otra escena igualmente viva: Monseñor, el rei mismo estrechando entre sus brazos á *madama*, y ella escapándose de entre estas reales manos. Admírase de que tan pronto haya desaparecido, cuando *en la mayor parte de los hombres las mudanzas van verificándose poco á poco, y la muerte los prepara de ordinario para su último golpe. Pero ¡ay! madama ha pasado de la mañana á la tarde, como la yerba de los campos. En la mañana florecia, y vosotros sabéis con cuánta gracia: en la tarde la vimos ya marchita; y estas fuertes expresiones con que la Santa Escritura exagera la inconstancia de las cosas humanas, ¡debían ser para esta princesa tan precisas y tan literales!* “Si se reflexiona en esta princesa jóven arrebatada á las bendiciones del pueblo y á las esperanzas del reino, si se considera que aun el orador cristiano se ve reducido á enternecerse porque estas gracias tan dulces y esta hermosura sean arrebatadas por la muerte; si se atiende á que este orador es un obispo, y este obispo es Bossuet, será preciso convenir en que el austero prelado debió estar profundamente conmovido para hacer oír hasta en el santuario lamentos otorgados á estos frágiles favores de la naturaleza.”<sup>1</sup>

Un pasaje lleno de moralidad sucede á estos lamentos: es la historia fielmente referida de los placeres de un bello porvenir. El orador mira en lo presente cuantos elementos pudiera apetecer, para pronosticar á *madama* dias llenos de gloria para sí misma y de interes para la Francia, y con esta reseña, excita mas vivamente el dolor de una pérdida tan repentina. Grande es á la verdad el sentimiento que nos causa un accidente de esta naturaleza; pero el corazon, tan ávido del dolor como del placer, parece que gusta de ensanchar indefinidamente el primero; y su ansiosa solicitud es

<sup>1</sup> El P. Gibon, Thése sur l'Eloquence.

franquear curso libre á sus lágrimas repasa con una especie de enagenamiento todas las esperanzas que ha visto desaparecer. Entónces es cuando se abandona con mayor ímpetu á los movimientos de su pesar, y nunca siente con mas viveza cuán débiles é inciertos á la vez son los cálculos del hombre. “En lugar de una hermosa vida estamos reducidos á formar la historia de una admirable pero triste muerte. A la verdad, señores, continúa el orador, nada igualó jamás á la firmeza de su alma, ni á ese valor apacible que sin esfuerzo para elevarse, se encuentra por su natural situacion mui mas allá de los acontecimientos mas terribles. “Sí, *madama* fué dulce hácia la muerte, como lo habia sido hácia el mundo; su gran corazon ni se irritaba, ni se arrebatava contra ella. No la desafió con fiereza, contenta con mirarla sin sobresalto y recibirla sin turbacion. “Triste consuelo, pues que á pesar de este grande ánimo la hemos perdido! Tal es la gran vanidad de las cosas humanas. Despues de que por el último esfuerzo de nuestro valor nos hemos sobrepuesto, digámoslo así, á la muerte, ella extingue en nosotros hasta ese valor, con que parecíamos desafiarla. “He aquí, á pesar de aquel gran corazon, á esta princesa tan admirada y tan querida! “He aquí tal como nos la ha puesto la muerte!<sup>1</sup> Aun ese resto, tal como está, va luego á desaparecer; esa sombra de gloria va á disiparse; y nosotros bien pronto vamos á verla despojada aun de esta triste decoracion.<sup>2</sup> Va á descender mui presto á esos lugares sombríos, á esas moradas subterráneas, para dormir en el polvo con los grandes de la tierra,<sup>3</sup> como dice Job; con esos reyes y esos príncipes anonadados, entre los cuales apenas se la puede colocar. “¡Tan oprimidos están allí los rangos, y tan pronta la muer-

1 Hai aquí una clase de expresiones familiares que chocarian en un escritor mediano, por cuanto manifiestan flojedad, y que agradan en Bossuet, porque no pueden aparecer como impotencia del mejor decir en un hombre cuya locucion es ordinariamente tan elevada, sino que por su naturaleza son las mejores para hacer sentir por su extrema sencillez la fuerza del sentido y el desigño del autor. (*La Harpe.*)

2 ¿Recibieron jamás los reyes lecciones semejantes? ¿Se expresó nunca la filosofía con tanta independencia? La diadema no es nada á los ojos del orador; el pobre es para él igual al monarca, y el potentado mas absoluto del globo se ve obligado á decir ante los mejores testimonios, que sus grandezas no son sino vanidad, que su poder es un sueño y que él mismo no es sino polvo. (*Memorias de Chateaubriand.*)

3 Job, cap. XXI, v. 26.

te para llenar esas plazas! Pero aquí nuestra imaginacion nos engaña todavía; porque la muerte no nos deja bastante cuerpo para ocupar algun lugar; y excepto los sepulcros, nada se advierte allí que forme alguna figura. “Nuestra carne cambia mui pronto de naturaleza: nuestro cuerpo toma otro nombre; aun el de cadáver, dice Tertuliano,<sup>1</sup> puesto que nos muestra aun una forma humana, no le dura largo tiempo: viene á ser un no sé qué, el cual no tiene nombre en ninguna lengua; ¡tan cierto así es que todo muere en el hombre, hasta estos términos fúnebres con que se designan sus miserables restos!”

Antes de llamar la atencion sobre este rasgo sublime que viene á cerrar la primera parte del discurso, permitasenos hacer algunas ligeras reflexiones sobre la preparacion inmediata que tiene. Cada uno de estos pormenores supone una alma cuya elevacion ha podido sojuzgar, digámoslo así, todas las grandezas, y cuya filosofía ha seguido tan fielmente las pasiones, que para caracterizarlas hasta en sus diferencias mas tenues, basta un pensamiento, una idea, una palabra. Una ojeada ménos perspicaz sobre el corazon del hombre hubiera encontrado en el arroyo toda la magnanimidad del héroe; pero Bossuet ha sabido encontrarla en un estado del espíritu mui diferente del arrebatado de las pasiones. Un culto ménos espiritual habria situado los límites del heroismo en el violento desafío de la muerte, mientras un culto niamente sensual mantendria en toda su fuerza los temores, sin abrir campo siquiera á la resignacion; pero el cristianismo, que como dice Chateaubriand, “no es la muerte del corazon sino su regla,” ha sabido elevar los nobles sentimientos, quitándoles al mismo tiempo aquella ruda fiereza que á veces nos disgusta en los héroes de la Iliada: para invitar la muerte con orgullo, basta estar privado del noble auxilio de la razon; para temblar á la vista de su imágen, basta una pusilanidad femenil: *mas para verla llegar sin sobresalto y recibirla sin turbacion*, se necesita el concurso de una alma verdaderamente ilustrada, y un pecho sostenido con toda la fuerza de la religion; tal es la idea que nos da el orador del heroismo cristiano, idea en que resplandecen al mismo tiempo cuanto la filosofía tiene de mas profundo, y cuanto la moral tiene de mas sublime. Este tacto tan delicado para derramar los preceptos de la moral cristiana en-

1 *Cadit in originem terram, et cadaveris nomen, ex isto quoque nomine peritura, in nullum inde jam nomen, in omnis jam vocabuli mortem.* Tertul. de resur. car. n. 4.

tre las narraciones de un elogio es por ventura la parte mas difícil y lo que mas inimitable hace á Bossuet en la oratoria fúnebre. Un discurso de esta clase, en que á un rasgo biográfico sucediese una serie de pensamientos morales emitidos con absoluta separacion, estaria privado de todo interes y se haria insoportable por su ruda mediocridad: *Singula quaque locum teneant, sortita decenter*, decia Horacio, el mismo que hacia consistir la belleza en el órden, y el órden en el enlace y la oportunidad. Cuando se aplica pues directamente la moral á las costumbres, aquella constituye el todo del discurso; pero cuando ella debe brillar en los ejemplos, es imposible ofrecerla en trozos separados sin despojarla de toda su eficacia.

Al lado de este extremo hai otro igualmente pernicioso, el de una narracion desprovista de reflexiones morales: semejante discurso seria mui indigno de la majestad que debe resplandecer en la oratoria sagrada, seria niñamente profano: porque la misma historia desprovista de la antorcha de la moral, es un cuerpo sin alma, una instruccion estéril y una obra sin objeto. Tocar pues en este medio tan delicado, como lo vemos en Bossuet, haciendo que la narracion sea oratoria y la moral esencialmente histórica, es haber circunscrito los límites de la perfeccion. ¿Cuántos documentos importantes, cuántas lecciones sublimes no puede recoger en estas pocas líneas, un entendimiento á propósito para sondear toda la profundidad que ellas encubren! ¿Este mismo valor, con que algunos se jactan en la situacion mas crítica del hombre, es el primer despojo que reconocemos con sorpresa entre los trofeos de la muerte!... ¿Qué pequeño es el hombre!... ¿Con razon basta el estrecho recinto de un sepulcro para depositar juntamente todas las gracias de la juventud, todos los proyectos empeñados de la edad madura, los laureles que se entrelazan con las canas del guerrero, los vastos designios del diplomático orgulloso, el terrible poder de los monarcas y cuanto la gloria ostenta de mas atractivo! *He aquí á pesar de aquel gran corazon, á esta princesa tan admirada y tan querida.* El alma se asusta con este espectáculo, y á la vuelta de su sorpresa se siente combatida por una desazon amarga que la postra, por una tristeza profunda que la consume. Pero al fin, aun tenemos una idea que nos consuela: las memorias de una vida tan ilustre se mantienen en toda su frescura; el mismo aparato de grandeza que honra su fétetro es una ilusion extraordinaria que entretiene nuestro dolor; creemos que aun vive: tal es la impresion que excita la magnificencia aun en

el templo de la muerte! ¡Vana esperanza! *Aun ese resto, tal como le estamos viendo, va á desaparecer: esa sombra de gloria va á disiparse, y el objeto de nuestro piadoso delirio será mui pronto despojada de esa triste decoracion.* ¡Cuán fino, cuán delicado, cuán filosófico al mismo tiempo es llamar á las ricas decoraciones que adornan estas tumbas una *sombra de gloria!* A un anuncio de esta naturaleza sucede al decaimiento y languidez del que va viendo poco á poco estrecharse el círculo de la esperanza. Sin embargo, aunque despojada de todos los arreos fúnebres que descubren su rango, tenemos todavía el objeto á nuestros ojos. Pero ¡ay! este consuelo es momentáneo: una capa de tierra será el impenetrable velo que la oculte para siempre á nuestra vista con los *reyes y príncipes anomadados* á quienes mui pronto debe reunirse. Pasemos á los panteones ilustres: aun unos pasos mas, ántes de perderla para siempre: mas aquí nos angustia la dificultad suma de que halle colocacion: *tan pronta está la muerte para llenar estas plazas!* La dejamos ya en el último reposo; pero de tiempo en tiempo volverémos á dejar caer algunas flores sobre su sepulcro: allí están sus restos: nuestra imaginacion ardiente animará estos restos, y seducidos entónces por la mas grata de todas las ilusiones, creerémos que ella nos escucha, á tiempo de dirigirle nuestros homenajes. Triste consuelo, por cierto; pero él es la causa de esa melancolía dulce, hija de las memorias caras, y que nunca parece respirarse mejor, que cuando, léjos del tumulto de las ciudades, gustamos de conversar con los ilustres muertos, ó en el silencio religioso de un cementerio ó entre la misteriosa y angusta calma de las ruinas. No, dice el orador: *nuestra imaginacion nos engaña todavia: nuestra carne cambia mui pronto de naturaleza: nuestro cuerpo toma otro nombre, aun el de cadáver puesto que nos muestra aun una forma humana, no le dura largo tiempo: viene á ser un no sé qué, el cual no tiene nombre en ninguna lengua; tan cierto así es que todo muere en el hombre, hasta estos términos fúnebres con que se designan sus miserables restos!*

¿Qué dirémos, despues de esto! ¿Quién es capaz de resistir á este poder soberano! ¿Qué corazon, por mui abierto á los placeres, es capaz de sobrevivir á esta pintura tan viva y espantosa de nuestra nada! Regístrense todos los fastos de la elocuencia, léanse los escritos que mas han arrastrado la universal admiracion: ¿cuando se ha mostrado la voz del hombre mas soberana! ¿cuándo la nada mas visible! ¿cuándo el hombre mas pequeño! Este es el golpe mas tremendo que la palabra evangélica ha podido lanzar sobre la grandeza y la gloria.